

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

2º Domingo de Cuaresma (17 de marzo de 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Nos disponemos

El verdadero acto cristiano no viene marcado por tales o cuales símbolos, o gestos, o palabras, o etiquetas, sino que se produce siempre que uno escoge el criterio sobrenatural, en vez del propio criterio natural, por muy cargado que éste venga de recta razón y de Derecho Natural. Entonces, y sólo entonces, se puede pronunciar la oración Suprema, y decir: Que no se haga lo que yo quiero, oh Padre, sino lo que quieres tú; por Jesucristo, Nuestro Señor (Rovirosa, OC, T.I, 556).

Por la misma razón, el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia. Porque «la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos (GE 105).

Programa para la Cuaresma

No el poder, sino la humildad.
No la diversión, sino la conversión.
No la burla, sino el humor.
No el racionalismo, sino el Misterio.
No la introspección, sino la contemplación.
No la riqueza, sino la pobreza.
No el purismo, sino la inocencia.
No el mal menor, sino la justicia.
No el bien común, sino el bien de todos.
No la interpretación, sino la Palabra.
No la prudencia, sino la caridad.
No el abuso de los bienes, sino el uso de los bienes.
No la agitación, sino el silencio.
No la picardía, sino la simplicidad.
No el fanatismo, sino la fe.
No la opresión, sino la libertad.
No el Hombre, sino el hombre.
No dios, sino Dios.
No la letra, sino el Espíritu.
No el primer lugar, sino el último.
No el egocentrismo, sino el humanismo.
No la instalación, sino la persecución.
No la institución, sino el Espíritu.
No una Iglesia instalada en el mundo, sino perseguida.
No el absurdo, sino el Misterio.
No la separación, sino la comunicación.
No me voluntad, sino la voluntad del Padre.
No el refinamiento, sino el pan.
No la contemplación de uno mismo, sino el olvido.
No la autosuficiencia, sino la colaboración.
No el acomodo en la verdad, sino buscar la Verdad.



*No la fuerza del rico, sino la debilidad del pobre·
 No la evasión, sino la participación·
 No el individualismo, sino la comunión·
 No el Mal, sino el Bien·
 No el príncipe de este mundo, sino el Creador·
 No la casuística, sino la Parábola·
 No el desprecio, sino la compasión·
 No la magia, sino el sacerdocio·
 No "mi Iglesia", sino la Iglesia·
 No la huida, sino la presencia·
 No la publicidad, sino el testimonio·
 No el molde, sino la levadura·*

(A.C. Comín)

Miramos nuestra vida

Nuestros encuentros con el Señor en la oración nos llevan a conocer más, a conocer mejor, a Dios, y nos llevan, también a conocer más y mejor a los hermanos, desde la vida compartida.

¿Cómo es tu oración? ¿Y la de tu equipo? ¿Desde dónde y desde quiénes la haces? ¿Por qué y para qué oras? ¿Cómo sustenta la oración tu vida y tu compromiso?

Señor Jesús, desde la comodidad nunca saldremos de rutinas y cansancios, ¡Señor, ten piedad!

Señor Jesús, desde el encierro en nuestras seguridades y nuestros miedos es difícil escuchar tu voz, ¡Cristo, ten piedad!

Señor Jesús, desde nuestros refugios, sociales, religiosos, familiares, es complicado escuchar la llamada a seguir tus caminos, ¡Señor, ten piedad!

Escuchamos la Palabra del Señor

Lc 9,28b-36: Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió.

Subió a lo alto del monte para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras estos se alejaban de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía. Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.



Palabra del Señor



Interiorizamos esta Palabra

La escena (que pertenece al género literario de las teofanías, de las manifestaciones de Dios) no pretende confirmar la futura gloria del resucitado para sentir que no se puede fracasar, sino que viene a confirmar a Jesús en su misión: el camino que Jesús ha elegido, su estilo de vida y su mensaje es lo que Dios quiere; es lo que transparenta y manifiesta a Dios. Ese cuyas enseñanzas les cuesta aceptar a los discípulos, ese cuyos gestos les inquietan, ese es el Hijo de Dios, el elegido, el Mesías, quien tiene razón y a quien hay que escuchar y seguir.

La transfiguración nos recuerda que el único camino posible a la Resurrección pasa, inevitablemente, por la cruz.

Hoy, igual que entonces la transfiguración, que nos desvela el sentido profundo del seguimiento y de los acontecimientos, no nos dispensa de vivir con los pies pegados a tierra, embarrados en lo cotidiano, compañeros de hombres y mujeres que viven su existencia sin poder reconocer la presencia de Dios en sus vidas. Igual que entonces, tenemos que afrontar la realidad.

Ni la montaña, ni la oración, pueden ser refugio continuo que nos aleje de la vida cotidiana, del conflicto, del dolor humano, de las ansias de vida y liberación del pueblo de Dios. La manifestación de Dios en la montaña, que confirma la vida de Jesús, nos ha de confirmar también en nuestro seguimiento. Pero este seguimiento hay que hacerlo abajo, en el camino a Jerusalén. No podemos suspender la marcha. El Tabor no es la meta.

Es en la vida donde Dios se nos manifiesta de continuo. La oración –la montaña– nos debe servir para captar y reconocer las señales de Dios en la vida humana. Es en la vida donde se hace patente toda la hondura del Hijo de Dios. En el espesor de la realidad, en la dureza, en la simplicidad de lo cotidiano, y en la complejidad de todo lo humano.

Ser cristiano es vivir atentos a las señales de Dios en la historia, para captarlas y reconocerlas (es VER), para discernirlas y acogerlas (es JUZGAR), para aceptarlas y vivirlas (es ACTUAR). Por eso nada hay que sea humano que nos pueda resultar indiferente. Por eso solo acompañando la vida de las personas, como Iglesia servidora de los pobres, podemos reconocer y agradecer las manifestaciones de Dios en sus vidas y en las nuestras, y disponer nuestro corazón y nuestra vida como ofrenda constante para hacer la voluntad de Dios, para construir su Reino.

La existencia cristiana consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que derivan de este, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios (Mensaje para la Cuaresma 2013. Benedicto XVI).

Pide que el Espíritu te vaya enseñando a orar. Pide que te vaya dando su fuerza para seguir al Señor en la vida cotidiana, para hacer su voluntad. Lo que te suscite la oración concréta en tu proyecto de vida.

Y le pido al Señor: Hazme transparencia tuya; hazme Cristo para los demás.

Nos ponemos de nuevo ante el Señor



Para estar contigo

*Para estar contigo,
me libero de mi alforja (mis preocupaciones)
me quito las gafas (mis visiones);
olvido mi agenda (mis negocios);
guardo la pluma en el bolsillo (mis planes);
arrincono el reloj (mi horario);
me despojo de mi ropa (mis ambiciones);
me desprendo de mis joyas (mis vanidades);
renuncio a mi anillo (mis compromisos);
me quito los zapatos (mis ansias de huida);
dejo, también, mis llaves (mi seguridad)
para estar solo contigo,
el único verdadero Dios.
Y, después de estar contigo...*

*Tomo las llaves para poder abrir tus puertas.
Me calzo los zapatos para andar por tus caminos.
Me coloco el anillo, para comprometerme contigo.
Me adorno con las joyas, para asistir a tu fiesta.
Me visto la ropa, para salir a tu amplio mundo.
Recupero mi reloj, para vivir al compás de tu tiempo.
Cojo mi pluma para escribir tus pensamientos.
Recobro la agenda para no olvidar tus citas conmigo,
mis citas contigo, a lo que soy muy propenso.
Me pongo las gafas para poder ver el mundo a tu modo.
Y cargo con mi alforja, para llevar y sembrar tus promesas.
(F. Ulibarri)*

Para ofrecerle una vez más nuestra vida

*Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...
María, madre de los pobres, ruega por nosotros.*